

XIV

Una mañana el señor cura de Aiguranda vino como de paseo al molino de Juan Vertaud, y rondó un rato la casa, hasta que pudo hablar con Francisco en un rincón del huerto. Allí tomó una actitud muy discreta, y le preguntó si era Francisco apellidado la Fresa, nombre que le pusieron en el registro civil en el que fué presentado como expósito, á causa de una señal que tenía en el brazo izquierdo. El cura le preguntó también su edad exacta, el nombre de la mujer que le crió, los domicilios que había seguido, y finalmente todo lo que podía saber de su nacimiento y de su vida.

Francisco fué en busca de sus papeles, y el cura pareció muy contento.

— ¡Pues bien!, le dijo; venga usted mañana ó esta noche á la rectoría, y procure que nadie sepa lo que yo le comunique, porque me está prohibido divulgarlo, y es para mí una cuestión de conciencia.

Cuando Francisco hubo llegado á la rectoría, el señor cura cerró las puertas del cuarto, sacó del armario cuatro pedacitos de papel fino y dijo:

— Francisco la Fresa, aquí tiene usted cuatro mil francos que su madre le envía. Me está prohibido decir su nombre, ni en qué país reside, ni si vive ó ha

muerto á estas horas. Una idea de religión la ha inducido á acordarse de usted, y parece que tuvo siempre intención de hacerlo, puesto que, á pesar de vivir lejos, ha sabido encontrar á usted. Se ha enterado de que era usted bueno, y le da lo suficiente para casarse, con la condición de que hasta que hayan transcurrido tres meses, no hablará á nadie de este envío, como no sea á la mujer con que tenga intención de casarse. Me encarga que consulte con usted acerca de la colocación ó del depósito de esta cantidad, y me ruega que le preste mi nombre, si es necesario, para que la cosa quede en secreto. Sobre esto haré lo que usted quiera; pero se me ordena que no le entregue el dinero sino en cambio de la promesa de no decir ni hacer nada que pueda contribuir á que el secreto se descubra. Se sabe que se puede contar con su palabra; ¿quiere usted darla?

Francisco prestó juramento y dejó el dinero en poder del cura, rogándole que lo colocara como mejor le pareciese.

El expósito volvió al molino más triste que alegre. Pensaba en su madre, y hubiera dado los cuatro mil francos por verla y abrazarla. Pero se decía también que quizá acababa de morir, y que su regalo era una de esas disposiciones que se toman en el artículo de la muerte: y la idea de verse privado de llevar luto y de hacerle decir misas, le ponía aún más serio. Muerta ó viva, Francisco rogó á Dios por ella, á fin de que le perdonase el haber abandonado á su hijo, como su

hijo se lo perdonaba de todo corazón, y rogó también á Dios que le perdonase sus propias culpas.

Procuró que nadie sospechase nada de lo que ocurría; pero durante más de quince días estuvo como enterrado en meditaciones á las horas de comer, cosa de que los Vertaud se maravillaron.

— Ese muchacho no nos dice todo lo que piensa, observaba el molinero. Debe de estar enamorado.

— Tal vez de mí, pensaba la muchacha, y es demasiado prudente para confesarlo. Teme que se le crea más seducido por mi riqueza que por mi persona; y todo lo que hace es para que no se adivine su desasosiego.

En esto, ella se propuso vencer su timidez, y le prodigó miradas tan dulces y palabras tan amables, que él se sintió un poco impresionado en medio de sus penas.

Por momentos, se decía que era bastante rico para socorrer á Magdalena en caso de desgracia, y que bien podía casarse con una muchacha que no le pedía fortuna. No se sentía enamorado de ninguna mujer; pero veía las buenas cualidades de Juanita Vertaud, y temía mostrar mal corazón no respondiendo á sus intenciones. Por momentos su aflicción le causaba pena, y casi le daban ganas de consolarla.

Pero de pronto, en un viaje que hizo á Crevant para asuntos de su amo, encontró un sobrestante de carreteras que vivía en las inmediaciones de Presles y que le enteró de la muerte de Blanchet, añadiendo

que dejaba sus asuntos muy enredados, y que no se sabía si la viuda saldría bien ó mal del paso.

Francisco no tenía motivos para querer ni echar de menos á maese Blanchet. Sin embargo, tenía un corazón tan bueno y un alma tan religiosa, que al recibir la noticia de su muerte se le humedecieron los ojos y sintió una gran pesadez en la cabeza; pensó que Magdalena le debía llorar en aquel momento, perdonándosele todo, y no acordándose de nada, sino de que era el padre de su hijo. Y la aflicción de Magdalena repercutía en su espíritu y le obligaba á llorar también por la pena que ella debía de sentir.

Tuvo ganas de saltar sobre su caballo y correr hacia ella; pero pensó que debía pedir permiso á su amo.

XV

— Mi amo, dijo á Juan Vertaud, necesito partir por algún tiempo, corto ó largo, no lo podría asegurar. Tengo algo que hacer en mi antiguo lugar, y le ruego á usted que me deje ir de buena amistad, porque, hablando con franqueza, si me niega este permiso, no le podré complacer, y me iré contra su voluntad. Dispéñeme que le diga la cosa tal como es. Si le disgusta lo sentiré muchísimo, y por eso le pido, en gracia de los servicios que he podido prestarle, que no tome la cosa á mal y me perdone la falta que cometo ahora abandonando el trabajo de la casa. Es posible que vuelva al cabo de la semana si, donde voy, no me necesitan. Pero también es posible que no vuelva hasta mucho más tarde, y hasta que no vuelva nunca, porque no le quiero engañar. Sin embargo, haría todo lo posible para venir á ayudarle á salir del paso, si algo hubiera que usted no pudiese arreglar sin mí. Y antes de partir, quiero encontrarle un buen trabajador que me reemplace y á quien cederé, si es preciso para decidirle, lo que me corresponde de mi paga desde el pasado San Juan. Así, la cosa puede arreglarse sin causarle á usted perjuicio, y va usted á darme un apretón de mano que me traerá suerte y me

aliviará un poco de la pena que me causa el despedirme.

Juan Vertaud sabía muy bien que el expósito no era voluntarioso, por que, cuando se había propuesto una cosa, no había quien pudiese hacerle desistir de su empeño.

—No te aflijas, muchacho, dijo dándole la mano; mentiría si dijese que no me importa que te vayas. Pero antes que desavenirme contigo, consiento en todo.

Francisco empleó el día siguiente en buscar un sustituto para el molinero, y encontró uno muy laborioso y justo, licenciado del ejército, que se alegró de encontrar trabajo bien retribuido en casa de un buen amo, pues Juan Vertaud pasaba justamente por tal y no había hecho nunca mal á nadie.

Antes de ponerse en camino, como era su idea, á la madrugada siguiente, Francisco quiso despedirse de Juanita Vertaud á la hora de la cena. Ella estaba sentada en la puerta de la granja, diciendo que le dolía la cabeza y no comería. Él conoció que la muchacha había llorado, y le causó gran pesadumbre. No sabía por dónde empezar para darle las gracias por su bondad y para decirle que no por eso dejaba de marcharse. Sentóse á su lado sobre un tronco de aliso que allí había, y se dispuso á hablarle, sin hallar una pobre palabra. En esto ella, que le veía sin mirarlo, se llevó el pañuelo á los ojos. Levantó la mano para cogerle la suya y confortarla, pero se lo impidió la

idea de que no podía decirle en conciencia lo que ella hubiese deseado oír. Y cuando la pobre Juanita vió que él se estaba quieto, avergonzóse de su pena, se levantó sin mostrar rencor, y entró en la granja á dar rienda suelta á su llanto.

Estuvo un rato esperando que él la seguiría y que se determinaría á decirle alguna buena palabra, pero él se abstuvo de hacerlo y se fué á cenar, bastante triste y silencioso.

Sería falso decir que no había sentido nada por ella al verla llorar. Había sentido cierto picoteo en el corazón, y pensaba que hubiera podido ser muy feliz con una persona tan bienfamada, que le quería tanto y que no carecía de atractivos. Pero apartaba de sí todas estas ideas pensando en Magdalena que podía tener necesidad de un amigo, de un consejero y de un servidor, y que por él, cuando no era más que un niño andrajoso y devorado por la fiebre, había sufrido, trabajado y afrontado desazones más que ninguna otra mujer en el mundo.

—¡Vamos!, se dijo el día siguiente, al despertar antes del alba, no se trata de amores, ni de fortuna, ni de tranquilidad para ti. Fácilmente olvidarías que eres expósito, y disfrutarías del buen tiempo sin mirar atrás. Magdalena está en tu pensamiento para decirte: ¡No seas olvidadizo, y piensa en lo que hice por ti. En marcha, pues, y Dios le depare, Juanita, un novio más gentil que su servidor!

Así pensaba al pasar bajo la ventana de la exce-

lente hija de Juan Vertaud, y hubiera querido dejarle contra los cristales una flor ó una ramita en señal de adiós; pero era el día después de Reyes; la tierra estaba cubierta de nieve, y no había una hoja en las ramas ni una pobre violeta en el herbaje.

Tuvo la idea de meter en una punta de un pañuelo blanco el haba que le había tocado en suerte, la víspera, al partir la torta tradicional, y atar el pañuelo á la reja de la ventana de Juanita para darle á comprender que la hubiera elegido por reina si hubiese asistido á la cena.

— Un haba es poca cosa, pensaba él, pero es una pequeña muestra de cortesía y de amistad que me excusará de no haber sabido despedirme.

Pero oyó una voz interior que le disuadía de hacer aquella ofrenda, y le demostraba que un hombre no debe obrar como esas jóvenes que quieren que las amen, que piensen en ellas, que las echen de menos aunque ellas no traten de corresponder.

— No, no, Francisco, se dijo desistiendo de su idea y redoblando el paso: hay que querer lo que se quiere y hacer que le olviden á uno cuando está decidido á olvidar.

Y aceleró su marcha. Aun no estaba á dos tiros de escopeta del molino de Juan Vertaud, y ya veía delante de sí á Magdalena, imaginándose también oír como una vocecita débil que le pedía auxilio. Y seguía soñando. Ya se imaginaba ver el gran serbal, la fuente, el prado, la esclusa, el puente de tablas, y á



EL CURA SACÓ DE UN ARMARIO CUATRO PEDACITOS DE PAPEL FINO

Juanito corriendo á su encuentro; y de Juanita Ver-
taud no había en todo eso nada que le tirase de la
blusa para impedirle correr.

Anduvo tan de prisa que no sintió el frío y no pen-
só en beber, ni en comer, ni en resollar, hasta haber
pasado la carretera y llegado, por el camino de Pres-
les, á la cruz del Plessys.

Allí se hincó de rodillas y besó el madero de la
cruz con el fervor de un buen cristiano que vuelve á
encontrar un buen amigo. Después de lo cual empezó
á bajar la cuesta que forma como un camino, salvo
que es ancho como un campo, y que es la tierra co-
munal más hermosa del mundo, por su bella vista, su
aire y su cielo, y tan pendiente que, en tiempo de hie-
lo, se podría correr la posta hasta en carreta de bue-
yes, é ir á dar un buen chapuzón en el río que está
abajo y no avisa á nadie.

Francisco, que no se fiaba, se quitó los zuecos más
de una vez, y llegó sin batacazo al puentecillo. Dejó
Montipouret á su izquierda, no sin hacer un buen sa-
ludo al grueso y viejo campanario que es el amigo de
todo el mundo, porque es siempre el primero que se
muestra á los que vuelven al país, y que los saca del
apuro cuando han errado el camino.

Por lo que toca á los caminos, no me disgustan
siempre que sean amenos, umbrosos y que den gusto
de ver en tiempo de calor. Los hay en que no se co-
gen insolaciones. Pero éstos son los más traidores
porque podrían conducirnos á Roma cuando creyéra-

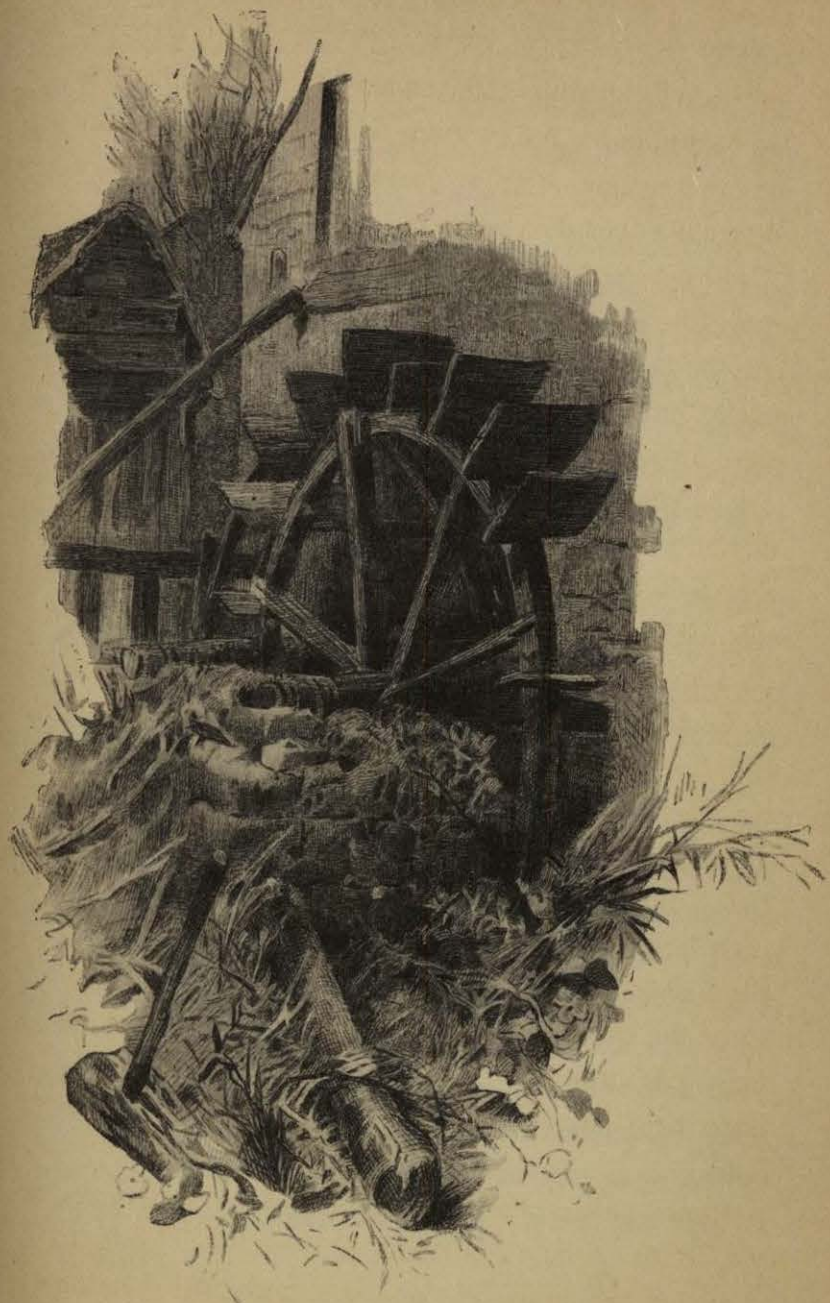
mos ir á Angibault. Afortunadamente el campanario de Montipouret no escatima el mostrarse, y no hay un claro en que no asome su reluciente casquete para decirnos si nos desviamos del rumbo.

Pero el expósito no necesitaba vigía para seguir su ruta. Conocía tan bien todos los senderos, caminos sin salida, cotos y empalizadas, que, en medio de la noche, hubiera pasado en derecha, como un palomo en el aire, por el camino más corto.

Era cerca del mediodía cuando vió el tejado del molino Cormouer á través de ramas deshojadas, y se alegró de conocer por el penachito de humo azul que salía de la casa, que la vivienda no estaba abandonada á los ratones.

Tomó por el prado para llegar más pronto, lo cual hizo que no pasase por la fuente; pero como los árboles y los arbustos no tenían hojas, vió brillar al sol el agua viva que no se hiela nunca porque es de manantial. En cambio las inmediaciones del molino estaban bien heladas, y tan resbaladizas que era preciso no ser desmañado para correr sobre las piedras y la escarpa del río. Vió la vieja rueda del molino, negra á fuerza de años y de remojo, con grandes puntas de hielo, delgadas como agujas, que colgaban de las paletas.

Pero faltaban muchos árboles en torno de la casa, y todo estaba muy cambiado. Las deudas del difunto Blanchet habían hecho trabajar el hacha del leñador, y en muchos puntos se veían rojos como sangre de



... LA VIEJA RUEDA DEL MOLINO

cristiano los troncos de grandes alisos reciencortados. La casa parecía mal conservada exteriormente; el tejado no estaba bien cubierto, y el horno estaba medio descascarillado por la fuerza de las heladas.

Y lo más triste es que en toda la vivienda no se sentía moverse alma ni cuerpo, ni gente ni bestias; salvo que un perro de pelo gris con manchas negras y blancas, uno de esos pobres mastines que nosotros llamamos *marrayés*, salió de la ensambladura para ir á ladrar al expósito; pero se agachó en seguida y arrastrándose fué á echarse á sus pies.

—¡Hola, Labriche! ¿me has reconocido?, le dijo Francisco, y yo no hubiera podido reconocerte á ti, porque te encuentro tan viejo y tan desmedrado que las costillas se te salen y tu barba se te ha vuelto toda blanca.

Francisco hablaba así mirando al perro, porque estaba lleno de inquietud, como si hubiese querido ganar tiempo antes de entrar en la casa. Había tenido tanta prisa hasta el último momento, y ahora tenía miedo, porque se imaginaba que no volvería á ver á Magdalena, que estaba ausente ó que era ella, y no su marido, la que había muerto, que le habían dado una falsa noticia al anunciarle la defunción del molinero; tenía en fin todas las ideas que se mete uno en la cabeza cuando alcanza el objeto que más ha deseado.